

NO, NO VOLVEMOS A CASA



RELATOS DE
LA REVUELTA DE FERGUSON (EEUU)

AGOSTO 2014

La tarde del sábado, 9 de agosto del 2014, un policía blanco mató a tiros a Michael «Mike Mike» Brown, un joven negro de 18 años que tenía las manos al aire. Pasó en Ferguson, un suburbio pobre de St. Louis, Missouri, ciudad post-industrial en plena decadencia. Durante diez días, la gente de Ferguson, con mucho apoyo de St. Louis, tomaron las calles y libraron intensas batallas contra la policía. También participaron las y los anarquistas de St. Louis, quienes habían trabajado previamente la solidaridad anti-racista, la propaganda anti-policial y el apoyo para las duramente castigadas acciones contra la policía, que en momentos de paz social suelen tomar una forma individual (por ejemplo el caso de Kevin Johnson, un joven negro que mató un policía que se reía y se negaba a ayudar mientras moría el hermano menor de Kevin; actualmente Kevin tiene la pena de muerte, jodido por el mismo fiscal cuyas maniobras conseguieron que el jurado no acusase al policía en el caso de Michael Brown; mientras tanto él y su familia reciben apoyo de las anarquistas de la ciudad).

A finales de noviembre, cuando un gran jurado decidió no acusar a Darren Wilson, el madero asesino, las revueltas volvieron a estallar. Esta vez, no sólo en Ferguson, sino en cientos de ciudades por todo el país. En algunos casos eran manifestaciones pacíficas controladas por la izquierda. En otros casos, las multitudes cortaron autopistas, invadieron centros comerciales para interrumpir el espectáculo de las compras navideñas, prendieron fuegos o lucharon contra la policía. En Berkeley y Oakland, en al menos una ocasión, las personas tomaron una calle principal y tranquilamente saquearon todas las tiendas colindantes, amontonando los bienes en medio de la calle para crear un tipo de almacén comunal del cual todo el mundo podía coger lo que quería. Los alborotes duraron casi un mes y al final se había creado una nueva normalidad en que no era impensable que la gente trajera armas a una mani, al menos en St. Louis, y en la que cada vez que la policía matase a alguien, habría una respuesta contundente. También, en un país tan alienado, se ha normalizado que una revuelta se extienda de una costa a otra, que la gente empatice con la revuelta del otro y sienta la rabia del otro como la suya.

Esto que tienes en tus manos está inacabado, es un trabajo en proceso que hay que pulir aún. El escrito mismo no está completo. Todavía hay mucho que documentar: actos que nos llevan a pensar y pensamientos que nos llevan a actuar. Las ideas que han motivado a hacer este escrito están aún tomando forma. Están formadas por la experiencia, que sólo tras debates han sido puestas sobre papel. Así pues, el asunto del escrito: «Rebelión, el surgimiento de oleadas de personas en revuelta en las calles de nuestra ciudad y en la vida misma» no está acabado.

RECUERDOS

noche 1 — sábado 09/08

Miedo. Ira. Dolor. La sangre tiñe la línea continua de la carretera.

Panteras Negras con boinas y camisetas sobre el genocidio y la esclavitud. «¿Acaso creía el hombre con el chaleco anti-balas que iba a necesitarlo de verdad?» Sin megáfonos o escenarios todavía, sólo voces hablando sobre razas en América, pobreza y policía.

El olor a sudor y alcohol: un único hombre intentado dirigir a la multitud a la comisaría.

El primer momento de una estrategia personal para lidar con los nervios tallados en mi blanca piel. Allá donde haya movimiento iré. Caminaré, gritaré, me erguiré, lanzaré objetos, correré y lucharé con la gente en primera línea. Seré una confirmación de su ira y las formas en que ellos deciden expresarla, les apoyaré: «Estoy contigo, tío».

Visiones de Oakland, Seattle, Albuquerque, Los Ángeles... pero sólo hay quince de nosotros deseando recorrer las silenciosas dos millas que hay hasta el centro de Ferguson. Hicimos lo que pudimos escribiendo *fuck*

the police y *kill cops* mientras andábamos, todos sonreían y se reían con aquellos blancos que también odiaban a los policías. Una familia con niños, un padre tan cabreado que trajo a sus pequeños desde otra parte del país en lo que fue, y en lo que se convertiría, una zona de guerra.

Mientras la noche continua, llegan los políticos. La OBS, la NOI, la NBPP, la UAPO, toda una sopa de letras. Ellos intentan, con poco éxito, llamar la atención de una relativa pequeña multitud. En vez de unirse a nosotros frente a la comisaría, se enfrentan a nosotros diciendo a todo el mundo como *debemos* actuar, lo que *debe* pasar después y quién *estará* envuelto en una fútil negociación sin sentido, como si nosotros, en un lado de la línea que se está pintando, tuviésemos algo que decir a los que están al otro lado. Salvo, tal vez, un «¡Que os den, moríos!».

día 2 — domingo 10/08

Llegamos a una multitud que llena la calle, bloqueando el tráfico, «cor-tándolo». Un repentino cambio si lo comparamos al miedo dominante de la inherente muerte en la noche anterior. La atmósfera es abierta, y nos recuerda a los días del movimiento *#Occupy*. Caras negras en vez de blancas hablando sobre los Illuminati, la Reserva Federal y el patrón oro. Conspiranoicos parloteando sobre teorías conspirativas.

Un cántico sobre el Poder Negro dirigido por Panteras Negras es abuchea-do por un hombre negro enfadado que dice que «no tiene nada que ver con esto». Es difícil decir que lo que él piensa es sobre si se debe tener una conversación sobre por qué el poder negro no debería intimidarme como individuo blanco o por qué, sin embargo, éste no es el mejor eslogan para un movimiento contemporáneo que intenta enfrentarse a las arraigadas estructuras de poder como la policía.

Entra Charles Dooley, un director ejecutivo del condado negro. Inmedia-tamente está rodeado. «¡Vuelve a Clayton con el resto de ricos! ¡No te queremos, Dooley!»

Entra un cura negro sin identificar que como un idiota aparca en la comisaría. «¡Aquí viene la segunda oleada de gilipollices!», «Mandad a esa mierda clerical de vuelta a su iglesia!»

¿Cómo tomar decisiones? ¿Cómo debatir una estrategia y divulgarla? Salen buenas ideas, como bloquear el centro comercial o marchar de un lado para el otro de la calle para que los policías la corten cada vez más, pero nadie se mueve en masa. Un par de vueltas por aquí o por allá hasta que la energía cesa.

noche 2 — domingo 10/08

Caminando por la calle fantaseo con que todos están yendo en la misma dirección al a la que voy yo, con la misma determinación y arrojo. En mi sueño diurno todos los que están a mi alrededor son amigas, cómplices. Pero esta vez, todo es diferente, no estoy soñando.

Canfield y West Florissant: trescientas personas deambulando por el medio de una intersección de cinco calles. De repente, todas las cabezas se giran en la misma dirección. Trescientas personas más, no quinientas o mil como un torrente hacia Canfield desde los complejos de apartamentos. «¡Fuera de mi camino!» Me echo a un lado mientras que cuerpos cargados de rabia e ímpetu marchan directamente al cordón policial situado al sur del distrito comercial de este ghetto.

La canción de *Lil Boosie's anthem* será la banda sonora para los próximos nueve días y noches de desafío: el estruendo de un coche aparcado en medio de una multitud agitada, un sistema de sonido en la primera línea donde jóvenes enfadados tiran piedras a los policías desencadenándolo todo; una línea de coches con chicas sobre sus capós en frente de carros blindados, pastores alemanes y francotiradores de la policía con pasamon-

tañas, como un cántico callejero, una manera de encontrar a la alborotada multitud entre predicadores y antidisturbios.

Al principio, cogimos desprevenidos a los policías ¿Quién iba a saber que una vigilia a la luz de las velas podría ser tan atrevida, tan beligerante? Les rodeamos en sus coches. Incluso con sus pistolas y sus leyes, no tienen poder. Nuestras armas son botellas, piedras, dedos corazones en alto, puños, ladrillos, escupitajos y patadas. Una persona (un joven, un viejo) se planta frente al coche impidiendo su huida mientras el resto de gente se toma su tiempo agrediendo a la carrocería y a los cristales.

—¿Estoy aquí, no? Rápido, tápate la cara y da una patada. Si vas a estar aquí, estate preparado, participa. Ármate. Haz saber a los policías que tener el mismo color de piel no nos mete en el mismo saco.

El último coche de la policía se esfuma a toda pastilla y toda la gente a mi alrededor sonríe, se ríe, salta, se abraza, vitorea. Puños alzados. ¡Poder!

De repente estamos corriendo, pero no mucho. Un empleado de *Quik Trip*¹ se dobla de dolor. «¿Qué haces aún ahí? Sé que no te pagan muy bien». Al principio dudo, ya que no quiero quedarme atrapado en una estampida o ser fotografiado a pesar de llevar una camiseta como máscara improvisada. Vacilante, me detengo fuera. «¡Retrocede!» vuelan ladrillos y estallan cristales mientras los saqueadores que están dentro se escapan del lugar. Entonces alguien hace lo que se tiene que hacer y los escaparates se rompen uno a uno.

Un pallet de botellas de agua. Cojo una caja y lo saco fuera, al fin y al cabo es agosto. «Hay más dentro». Todos están ansiosos por un trago de cerveza saqueada y se empiezan a pasar paquetes de cigarrillos. «Venga va, yo también, a pesar de que sepa a mierda. Pensándolo, realmente no quiero nada de esa mierda, pero el tema no es realmente ese ¿verdad?»

Algunos han empezado a trabajarse las cajas registradoras mientras una lluvia de boletos de lotería cae del cielo y disparos de celebración se dispa-

¹ [nota de traductor] El *Quik Trip* es la tienda que llamó a la policía, acusando a Michael Brown de mangar cigarrillos.

ran al aire. ¿Están disparando a Dios o sólo están dando un aviso a la poli? De cualquier manera, es algo que está demasiado cerca del consuelo. El miedo aún está en mí pero no está controlado.

Lo siguiente es el *Sam's Meat Market*, las tiendas de cosméticos, *Red's BBQ*. Alguien hace una visita a la oficina de la *Liberty Tax Service* mientras que otros intentan colarse en los almacenes repartidos por la calle. Los contenedores se están incendiando mientras coches van salvajemente de arriba para abajo por la zona comercial. Jovenes enmascarados se asoman por las ventanas enseñando sus botellas saqueadas y sacando el dedo al helicóptero de la policía.

—Parecen criminales de la tele!

Una señora me para. Estoy vestido de negro de pies a cabeza, guantes, una máscara que tapa mi cara.

—Todos vosotros parecéis sospechosos.

—¿Qué quieres decir? ¿La máscara? Estoy intentando que no me cojan las cámaras.

—Bueno, ellos pueden mirarte cuando quieran. Hay cámaras por todos los lados, en tu ordenador, en la calle.

—Claro, pero cuando estás infringiendo la ley lo mejor es no dejarse grabar.

—Muy bien, eso es lo que pasa.

—¿Piensas que lo estamos llevando muy lejos?

—Nah, nada de lo que está pasando aquí se está llevando muy lejos. Ellos se han llevado una vida humana por delante. Todo esto son cosas rotas, pueden arreglarlo, pero nadie puede traer de vuelta a ese chico... Tened cuidado.

De vuelta al *Quik Trip*.

—Hey, ¿me puedes conseguir unos pitis? —Un grupo de chicas ojeaban desde la esquina a la gasolinera siendo saqueada.

—Nah, pero tú puedes, esta noche son gratis.

—Pero no tenemos una máscara. ¿Te sobra una?

—Mira, es fácil, sólo hay que quitarse la camiseta y meter la cabeza como si te la fueras a poner, luego pónstela como si fuera una capucha y anuda las mangas por detrás de tu cabeza.

Tras dos horas y media, el saqueo se había extendido hasta a cincuenta yardas al sur del cordón policial y los refuerdos han llegado con un número suficiente como para empezar a limpiar la zona comercial. La hasta entonces inmóvil falange ha empezado a moverse y todos corren de vuelta al vecindario. Escuchamos el rumor de que el *Foot Locker* situado tras el cordón policial está siendo asaltado, y entonces lo vemos: una columna de humo negro y un brillo anaranjado en el cielo. ¿Otro golpe o el destello de un incendio estructural?

Como polillas, nos vemos atraídos por las llamas. «Allí el humo es tan espeso que ni siquiera se puede respirar». Furgones antidisturbios acorazados bloquean el paso al fuego que brilla con fuerza arrojando luz en nuestra dirección. Vamos en la otra dirección, tal vez aún podemos pillar unas zapatillas para reemplazar aquellas que prácticamente se desintegran en nuestros pies.

Un hombre sale del bosque², viniendo del sitio a donde vamos. «Se ha acabado, el *Foot Locker's* está perdido. La policía se ha presentado, están arrestando gente». Nos vuelve a advertir un par de veces más a nuestra espalda y luego, cargado con cajas de zapatillas, se mete a su casa.

Un chaval en bici pasa mientras vamos de camino al coche otra vez:

—Hey, ¿todos vosotros sois del black bloc?

—Eh... sí, más o menos.

—Yo también, soy uno de esos anar... ¿Cómo lo decís vosotros?

² [ndT] Siendo un suburbio americano, Ferguson no es muy densamente edificado, por lo tanto pueden haber parques y lotes llenos de árboles, entre «projects», bloques de pisos de protección oficial, o calles de casas particulares en malas condiciones. Curiosamente, los compañeros comentaron que la suburbia resulta de ser un terreno ideal para el combate urbano. Su función original no era la del control social de una población hipereplotada sino la de construir barrios donde los obreros de la nueva clase media podrían invertir sus futuros ganancias en hipotecas para casas particulares, cumpliendo con el Sueño Americano. Luego, con el ciclo perpetuo de aburguesamiento y decadencia que estimula la economía, si un barrio de clase media no se aburguesa, cae en declive y así, los residentes de un barrio que sí se está aburguesando, se ven forzados a mudarse al único sitio donde los precios están cayendo.

—¿Anarquistas?

—Sí, eso soy yo.

—El black bloc no es un grupo al que tú perteneces, es sólo una manera de estar seguro en las calles. Cuando todos llevamos el mismo color y nos tapamos la cara es más difícil que la policía te arreste.

—Genial, ¿Por qué todos estáis aquí fuera?

—Porque estamos enfadados por lo que pasó. ¿No es por eso por lo que todos están aquí?

—Sí... pero también he escuchado que podía pillar cosas de gratis.

Mientras nos dirigimos a casa, los coches de policía aún están circulando de manera distante. Bajo la ventanilla y dejo que el viento de la noche me meza el pelo sabiendo que este momento jamás será olvidado. Pase lo que pase mañana o en los próximos meses, no podrán nunca quitarnos esto. Esta noche fue la noche en la que todos, juntos, sentimos y divulgamos nuestro poder, y esto fue inmensamente bonito.



Aquí es cuando el tiempo empieza a colapsarse. Las imágenes se repiten, las bandas sonoras se vuelven cíclicas, los días se desvanecen en otros y la palabra «rutina» pierde todo su significado.



Aparcamos en un sitio de comida rápida y salimos del coche. Inmediatamente se nos acerca un joven negro.

—He visto como os aliabais. Vamos a asaltar la tienda de deportes, ¿Os venís?

—¿Vais a conducir hasta allí? ¿Y qué pasa con las cámaras?

—No nos importa, no somos de aquí, somos de East Side.

Lo consideramos por un momento. ¿Cuántas veces un chico cualquiera del este de St. Louis pregunta a un grupo de desconocidos si quieren ir a saquear una tienda? ¿Es acaso el hecho de que probablemente esto no vuelva a pasar nunca en nuestras vida lo que nos haga sopesar de que esto es muy probablemente la idea más sospechosa que hemos escuchado nunca?



Caminamos por W. Florissant, hacía un grupo de gente dispersa en la calle y un fuerte cordón policial de antidisturbios respaldados por tres coches blindados que nos cegaban con sus focos. Me doy cuenta de que la policía está usando cámaras por primera vez. El ligero olor del gas lacrimógeno está impregnado en el aire.

Un señor mayor se acerca y entabla conversación.

—Vivo en este barrio y me están diciendo que me vaya a casa. Esta es mi casa, son ellos los que se tienen que ir a casa. Trabajo en una fábrica cerca de aquí. Dije a todos mis chicos de la fábrica que salieran conmigo, pero se han quedado dentro. Salí por Trayvon³, saldré esta noche y volveré a salir mañana...

Buscamos algún lugar por el que traspasar el cordón policial, a lo mejor hay una multitud más grande en la parte sur.

—Perdone ¿podemos atajar por su jardín?

—¿Todos vosotros estáis intentando colaros? Sí, vamos, os enseñaré el camino.

Dos desconocidos guían a nuestro grupo de amigos a través de calles poco conocidas. Hablándonos durante el camino y pidiéndonos que tuviésemos cuidado. La ruta está bloqueada por más policía, un callejón sin salida, pero el gesto está lleno de sentido, es casi irreal.

³ [ndT] Trayvon Martin, un joven negro asesinado por un vigilante voluntario de un barrio de clase media en 2013.

De vuelta en W.Florissant, la policía nos dispara pelotas de goma cada vez que nos acercamos mucho. Miro a mí alrededor a ver si hay algo que pueda lanzar.

—Este lugar podría tener más piedras.

—¿Quieres tirar piedras? Aquí tenemos unas cuantas. Lo que necesitamos de verdad es un par de esos cóctel...

—¿Cócteles molotov?

—Sí, eso es lo que necesitamos.

Nos escondemos tras una línea de árboles y lanzamos piedras a la policía mientras nos mantenemos a buen recaudo de los focos y las pelotas de goma. Es casi como un juego, como cuando los niños en Palestina disparan su tirachinas a los tanques israelíes. Pero es más que eso. Un ejército ha venido a ocupar este barrio y nadie está preparado para que esto pase sin mostrar algo de resistencia sin importar cuán pequeña y tácticamente inefectiva pueda ser.



La policía ha empezado a culpar a grupos organizados de anarquistas blancos de instigar el caos en la noche del domingo. Otros en *twitter* y *facebook* se están dejando influir de manera inconsciente por la nueva estrategia de desinformación llevada a cabo por la policía en nuestra era: Los anarquistas como grupo agitador.

Según llegamos, una gran multitud se alejaba de la zona cero, la gasolinera incendiada ha sido rebautizada como *Mike Brown Plaza*. Aparcamos y decidimos ir allí donde se encuentra la multitud, un mitin en una iglesia negra del barrio. La preside Al Sharpton, la NOI (Nation of Islam) se encarga de la seguridad⁴. El ambiente es tenso debido a las noches anteriores en las cuales se presentaron disturbios, agresiones policiales y

⁴ [ndT] Al Sharpton es un famoso predicador negro que promueve de reforma e igualdad racial. Nation of Islam es un grupo de poder negro conservador y nacionalista, posiblemente con conexiones con la policía. Malcolm X fue asesinado tras dejar y criticar la organización.

arrestos. Sin embargo, cientos de personas están aquí, llenando las aceras y las medianas. La calle está llena de coches, el incesante pitar de los coches es abrumador. Estoy de frente a la calle intentando reunir el coraje para entablar una conversación, luego, desde detrás se escucha alboroto. Veo a mis amigos siendo perseguidos por un torrente de gente. Intento mediar: «¿Qué pasa? ¿Qué estáis haciendo?» Inmediatamente me rodean, hombres enormes se ponen alrededor de mí.

—Fuera de aquí. Este es un lugar para negros.

—Si eres anarquista tienes que irte de aquí.

—No queremos mierda anarquista aquí.

Este es el momento más importante de mi vida. Van a tener que matarme para echarme.

—No, yo me quedo.

Un negro y delgado brazo alcanza mi pecho y me saca del tumulto. «No, le queremos aquí» grita ella «Que él esté aquí prueba que esto no es nada de negros contra blancos».

Otro hombre se acerca, quiere hacerse una foto conmigo. «Ven aquí, métete en la foto» grita a su amigo. Estrechamos la mano como en un poster de unidad entre razas. Otro brazo tras mi espalda. «¿De qué iba eso?» Nadia parece conocer la respuesta.

Estoy conmovido, no quiero irme de allí. Quiero estar con esa gente que me acaba de rescatar, que aprecia mi presencia, con quien en ese momento me sentí más cercano que con mi propio hermano. Pero no puedo evitar sentirme como un extraño, como si no perteneciera nunca más a eso. Me siento pequeño.

¿Qué cojones hago aquí?

Marchamos un rato calle arriba calle abajo. No se ve a la poli por ningún sitio, están de manos atadas frente a la violencia de las noches pasadas y la santidad de una iglesia negra. Una vez más, me siento abrumado por la propia cantidad de gente, por la trascendencia de lo que pasa a mi

alrededor, y por la improbabilidad de que en realidad estoy ahí para verlo, para participar, para hacer una pequeña contribución.

Esto es alucinante.



El sueño viene y va, me encuentro tumbado recordando todos los eventos del día en mi cabeza. Y sin más, me quedo dormido, pero mi cerebro continúa procesando imágenes. Dormir es estresante, me levanto sin sentirme descansado, como si hubiera estado toda la noche pensando. Mi pecho está tenso y continúa así todo el día. La única cosa que hace que esta ansiedad alojada en mi caja torácica se vaya es estar en las calles rodeado por gente que está igual o más cabreada que yo. Con cada poro de mi piel deseo volver a esa atmósfera, vivirla. Estar allí todo el tiempo. *Vivir lo excepcional.*

Algo en mi vida se ha roto, se ha movido, y ahora mismo no parece que nunca vuelva a ser lo mismo. Al menos por ahora, lo normal es imposible.



Anoche la gente empezó a lanzar cócteles molotov a la policía. Esta mañana Obama ha estado hablando sobre Ferguson y el gobernador ha intervenido. La policía estatal está reemplazando a la policía local. El ministerio de Justicia estadounidense está investigando el asesinato. Parece que hayamos provocado un incendio de entre las cenizas.

¿Hubieran reaccionado desde el gobierno de todas maneras? ¿O es una respuesta a la incesante reacción en las calles? ¿Acaso se han dado cuenta de que han estado a punto de asistir a algo mucho más serio? ¿Realmente nos las hemos apañado para asustarles? ¿O hemos desatado una guerra en las calles para obligarles? ¿Dónde está la línea que delimita el lograr

concesiones y el provocar a una fuerza letal? ¿O es que acaso nos atrevemos a decir que esto forma las dos caras de la misma moneda?

Hoy la policía ha retrocedido. Están ahí junto a la esquina, escondiéndose tras el fino velo de paz social, preparados para entrar en acción en cualquier momento, pero esta noche no nos atacan. Se han retirado estratégicamente, pero lo que de verdad les ha hecho echarse atrás ha sido la ferocidad de nuestra lucha y la promesa de que todo irá a más. He huido y esquivado a la policía en el pasado, pero nunca les había visto retroceder, nunca he formado parte de algo tan poderoso como para pararles los pies, al menos, por ahora. Parece que todos los que están a mi alrededor están sintiendo también esta pequeña victoria por primera vez. W. Florissant parece una cabalgata, una cabalgata victoriosa donde sólo faltan las serpentinas y el confeti. Esta noche hay mil personas en la calle y mil más pasando con sus coches.

Todo el mundo debe sentirse pletórico. Estoy de vuelta en la iglesia y un corpulento hombre negro uniformado me hace señas para que vaya a hablar con él.

—Te vi la otra noche e intenté echarte.

—Sí, fue una locura ¿De qué iba eso? Si hay algún problema espero que podamos solucionarlo.

—No tengo ni idea. Pero no soy así. Estoy metido en movidas antigu-
bernamentales. Fui uno de los que persiguieron a tus amigos, no quería ver que se faltaba el respeto a la familia de Brown y sin embargo me superó.

—Ya, yo también.

—Te he visto por aquí y quería que me entendieras. Tengo máscaras de gas en el coche, estoy preparado para cualquier cosa. He contactado con mis compañeros de milicia y me dicen que pueden tener soldados aquí mañana mismo.

—Joder, cojonudo. —*Hostia puta, esta mierda me supera ¿Es una trampa? ¿Este tío va en serio?*

—Tened cuidado.

—Tú también, nos vemos por aquí.

Más tarde vimos al tipo que lideró la persecución de mi amigo.

—Ese no fue el mejor momento y lugar para decir algo. Cuando me di cuenta de quienes eráis pensé sobre ello y comprendí que estábamos en el mismo bando. Da igual las diferencias que tengamos, podemos conseguirlo. La otra noche todo estaba demasiado tenso... he soñado con esto toda mi vida y quiero que dure para siempre. Pero debemos estar organizados y vosotros lo estáis. Estáis mucho mejor preparados que el resto.

De alguna manera estamos mejor preparados para esto que el resto: antidisturbios, armas químicas, días y noches de manifestaciones, hacernos anónimos cuando la situación lo requiere, recaudar fondos, apoyar a presos, venir preparados. En otras palabras, estamos en la retaguardia viendo como gente de todas las edades y géneros corren delante de nosotros. La estrategia colectiva que se divulga de manera directa es más inteligente y desafiante que aquella que pudiera surgir de nuestras poco provechosas y penosas reuniones. El táctico sentido común, la experiencia, las lecciones teóricas de historia, la falta de miedo y la luz proveniente de cócteles molotov y edificios en llamas, están presentes en esta revolucionada multitud.



El gobernador ha decretado el toque de queda. Nadie está autorizado a salir a la calle en Ferguson pasada la medianoche.

Por supuesto, salimos. «Que le den por el culo al toque de queda».

Un grupo local de activistas ha convocado una manifestación en contra del toque de queda. Se dice que lo que quieren es marchar fuera del cordón policial y volver todos juntos. La unión hace la fuerza. O tal vez es un truco para llevarnos a todos lejos del conflicto. *Los líderes engañan.*

Lleva chispeando horas. Si alguien tuviera dudas, esto lo confirma: *Dios, definitivamente, es contrarrevolucionario.*

Botas militares y un traje con hombreras estrelladas de plata. El presidente nacional del Nuevo Partido de Panteras Negras («No hay un Nuevo Partido de Panteras Negras» según los ex-miembros del original Partido de Panteras Negras) se pasea por la multitud intentado convencer a la gente para que se vaya a casa. «No llevaré a mi gente a un matadero. El arte de la guerra nos dice que deberíamos elegir la hora y lugar de la batalla, no nuestro enemigo. Hermanos, no tenemos pistolas suficientes para derrotar al enemigo. No tenemos suficientes máscaras de gas ni suministros médicos para todos. ¡Hay mujeres y niños entre nosotros!»

Paternalista, patriarcal y militarista... todo lo contrario a lo que se está viviendo en la calle. Y aún así hay gente en la que comienza a calar el miedo por culpa de estos diseminadores de miedo. Lentamente, pero de manera contundente, ya sea por la lluvia o por un terror sobreexagerado, la multitud se empequeñece. El reloj da las doce: «Manos arriba ¡no disparéis!» «Seguimos aquí ¿Qué vais a hacer? ¡Nada!» De alguna manera seguimos unos doscientos en la calle. La multitud parece pequeña, demasiado pequeña comparada con la que era hace unas horas. La policía mantiene las distancias, así que ¿qué hacemos? Nos aproximamos.

Vamos de cabeza al cordón policial, siempre resistiendo. Disturbios. Piedras y botellas vuelan y no tarda, aparece el gas lacrimógeno. Una ronda tras otra asfixiando el aire. Salgo corriendo detrás de un bote de gas lacrimógeno para recogerlo y tirárselo a ellos. Alguien lo coge primero.

—¡Hostias, como quema!

—Deberías pillarte unos guantes.

Le muestro los guantes de cuero.

—Dos pavos en Home Depot.

Él inclina la cabeza en señal de asentimiento, de agradecimiento.

Veo como mis amigas están intentando ayudar a un desconocido que ha caído. Con la máscara en su sitio corro entre las nubes de gas para ayudarle.

—¿Puedes levantarte? ¿Puedes andar? Ven, apóyate en mí. —Apoyo su brazo en mi hombro y le ayudo—. ¡Cúbreme las espaldas! —Grito a un desconocido que estaba cerca mientras huimos del lentamente avanzando cordón policial—. ¡No os preocupéis, continuad!

Arrancamos adoquines de la calle y los lanzamos contra los vehículos blindados. Otros nos ven, pillan la idea y se unen. Entonces, sin razón aparente, un coche patrulla solitario, con las sirenas puestas, aparece a nuestras espaldas. Cunde el pánico, gente corriendo, disparos fuertes, humo y lágrimas en mis ojos ¿Dónde están mis amigos? ¿Qué está pasando?

Una estructura fija: un cuerpo yace en el suelo.

Si ahora mismo estuviera en una película, habría un silencio durante uno o dos segundos, en el que todo se vería ralentizado y desenfocado y de repente desaparece la cámara lenta para mostrarme la imagen de mi mejor amigo en el suelo, herido, incapaz de decirme qué ha pasado, qué ha ido mal. El único sonido que consigue soltar: un gemido que nunca olvidaré. Una multitud nos rodea, grito a todo el mundo que se alejen, que nos hagan espacio, mi voz se resquebraja. Un hombre bajo y fornido con voz de pito, temblando, dando vueltas como si estuviera bailando está gritando: «¡Le han disparado! ¡Le han disparado!» una y otra vez. Después, de la nada, apareció un coche donde montan a mi amigo y le llevan corriendo al hospital. Fue guiado por ángeles agitadores que nunca conoceré.

Miro al sitio donde el acababa de estar. La lluvia se mezcla con pequeños charcos de sangre en la accidentada acera. Un vehículo blindado de la policía para en la intersección. «¡Que os jodan, hijos de puta!» exclamo mientras tiro la piedra que tenía. Quiero herirles, derramar la sangre que han hecho derramar a mi amigo. Si no lo consigo tendré que satisfacerme

con provocar que su peor infierno recaiga sobre mi cuerpo en vez de el de mi amigo. No es nada que no había sentido antes: el dolor de las pelotas de goma, el metal de las esposas cortando la circulación de la sangre a mis manos, el implacable picazón de los espráis de pimienta en mi cara, la asfixiante nube de gas lacrimógeno condensándose en mis ojos, el golpe seco de una porra en mi cabeza.

Venga, hazme lo que te dé la gana. Yo puedo aguantar.

Casi que me gusta.

Es tal vez en *ese* momento en el que pierdo el miedo.



No nos dejarán estar a todos en el hospital. Paciente disparado: protocolo, detención cautelar. Un amigo esta tumbado en la acera, incapaz de seguir. Otras caminan sin rumbo fijo, aturcidas. Hablo por teléfono con una amiga que está borracha, intentándole explicar que ha pasado.

Le veo venir, de traje y corbata y con placa en la cadera.

—¿Alguno de vosotros estaba allí? ¿Visteis lo que pasó?

Sin pensarlo, sólo queriendo que se fuera le digo: «Nadie va a hablar contigo, pírate».

—Muy bien, entonces espero que vuestro amigo se muera.

Shock. *¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?*

—¡Vete a la mierda! ¡Pégate un tiro en la puta cabeza!



Nos hemos reunido en una cafetería 24h en *Central West End*, territorio de ricos, la ciudad funcional dentro de un mayor y más podrido despojo

derruido. Nos abrazamos y lloramos por turnos. Miramos a nuestros pies, al cielo sin estrellas. Todo lo que podemos ver son escaparates reventados, escombros chamuscados, metales doblados, sangre, una carnicería, el desorden.

Necesito salir de aquí antes de que haga algo estúpido, antes de que tenga una crisis que repercuta en mis, ya de por sí jodidas, amigas.

Una cerveza y unos cigarros. Un rollo de papel higiénico empapado en lágrimas y mocos. Mis amigos están por todas partes intentando dormir en el suelo. Yo estoy despierto esperando una llamada del hospital. 5:00am. «Han detenido la hemorragia. Aún está en estado crítico, pero por ahora está bien. Una de las balas se encuentra aún alojada en su cuerpo, tal vez en su corazón, pero han dicho que tratarían eso cuando esté más estable. Han dicho que podría haber muerto».



Duermo unas pocas horas. Mis sueños no me dejan descansar.

Apenas nos podemos mover. Afortunadamente, otros que han podido dormir un poco mejor han venido y nos preparan la comida mientras no despegamos el culo de nuestros asientos esperando noticias sobre nuestro querido amigo.

Alguien cuenta una historia divertida sobre un niño que todos conocemos. «... y le encontraron en el cobertizo rompiendo todas las botellas. “Papá, ¡estamos jugando a ser piratas malos!” Orgulloso de su nuevo juego, esquivas de cristal por todos los lados, descalzo. “Deberías haberlo visto, papá, ha sido alucinante. Los cristales saltaban a mi cara y por todos los lados...”»

La risa es la única medicina que tenemos por ahora. Es una historia divertida pero me reí más de lo que me hubiera reído normalmente. Es agradable sentir otras cosas, aunque sea por un momento.

Tras un par de horas es evidente. Tenemos que volver a salir. No podemos quedarnos ahí todo el día pudriéndonos por dentro, dejando que nuestra tristeza se convierta en un miedo paralizante. Una amiga trae unas cuantas velas y flores de nuestro jardín. Nos dirigimos directamente hacia donde mi amigo fue disparado. Aún hay precinto policial atado a nuestra verja. Lo rompemos y lo tiro al barro de un puntapié. Encendemos las velas y colocamos las flores. Me siento en el suelo y me pregunto si alguien que pase por ahí sabrá lo que sucedió allí, en este lugar exacto, hace casi 24 horas.

Quiero escribir algo. Un rotulador y un trozo de papel higiénico.

La única manera de curar este dolor es cambiar el mundo.

Necesito pasearme, sentir que la multitud me rodea, sentirme envuelto otra vez en una cálida ira que se niega a morir.

Veo a los jefazos de la poli paseando, muy seguros de su seguridad, saludando a la multitud. *¿Qué se supone que están haciendo?* «Hey, sólo quiero hacerte saber que a nadie de aquí le gustas. Ya sabes, en caso de que se te olvide». Les sigo durante un rato, clavando mi mirada en sus pupilas. Entonces comienzo a gritar.

—Hey Johnson, dame tu riñón, Quiero tu riñón.

—Cálmate hijo.

—No me digas que me calme. Mi amigo está en el hospital ahora mismo con todo tipo de tubos y mierdas saliendo de su boca. Ha perdido su riñón y su bazo. Tiene una bala en el corazón. Y es por vuestra culpa, hijo de puta. ¡Quiero tu puto riñón! Si muere, las vais a pagar.

—Escucha, estoy aquí para velar por tu derecho a protestar pacíficamente.

—¿Qué te crees que estoy haciendo? ¿Sólo porque estoy alzando el tono? ¿Qué vais a hacer? ¿Me vais a pegar? ¿Me vais a disparar? Adelante. Vete a la mierda. ¿Vais a esperar a que disparen a otro, a que alguien muera para despertaros de una puta vez?

Intenta ignorarme, hablando a los medios, intentado parecer tranquilo y razonable en contraste con mi incontinencia y pura ira.

—Voy a conseguir ese riñón de una manera u otra.

Ni siquiera me tocan.

Sólo se van en sus coches, sudando, apestando a miedo.



El gobernador ha declarado el estado de emergencia y ha llamado a la Guardia Nacional. Anoche hubo más saqueos, la gente además intentó marchar frente al centro de operaciones de la policía con su helicóptero, la prensa nacional, vehículos blindados y cientos de coches de policía provenientes de toda la zona metropolitana.

¿Qué significa todo esto? Estado de emergencia, Guardia Nacional. ¿Será el ejército la nueva policía? ¿Utilizarán munición real? ¿Cuáles son las reglas de combate para esta nueva situación?

Volvemos a marchar. De un lado a otro frente al cordón policial, los policías bloquean ambos lados. «Quédate en la acera», estamos en la calle. «Permanezca en el carril de la derecha», ocupamos los dos. «Muévanse hacia la acera», ocupamos toda la calle. Cada coche que pasa es parte de la manifestación. «Si tenéis miedo id a la iglesia», «¡Sin justicia, sin dormir!» Hay un delgado cordón policial delante pero vamos directamente a traspasarlo y ellos no mueven ni un dedo. Están asustados de que haya otra confrontación, otra explosión. Está claro que les han ordenado que estén permisivos.

Estamos otra vez en el otro lado. Esta vez han formado una línea que no traspasaremos, no quieren que se vuelvan a repetir los sucesos de anoche. Pero espera, han traído ayuda. Cincuenta predicadores y santurrones, los «guardianes de la paz», entrelazan sus brazos y caminan hacia nosotros

dando la espalda a la policía. Ahora, la resistencia pacífica es hacer el trabajo de la policía por ellos, sin armas, claro está.

¿Qué ha pasado con eso de sentarse al frente y recibir? ¿Qué ha sido de encadenarte de cuello a las puertas de la cárcel? Por lo menos en el pasado podía respetar su deseo de sentir dolor. Pero esta puesta en escena y servidumbre por su parte es simplemente despreciable.



De vuelta en Canfield, hay una multitud alrededor de dos o tres blindados de la policía. Todos los policías van de uniforme, cascos y protección corporal. Tienen balas de pimienta, munición no-mortal y escopetas con montaduras de madera, AR 15's, lanzadores de botes de gas lacrimógeno, rifles de francotirador, TASERS.

Una mujer ha arrancado una señal de «prohibida la entrada» y la está sujetando en medio de la calle. Está sola, de vez en cuando deja la señal y vuelve a la multitud a ver si su bebé está bien.

La policía, a través del megáfono, nos dice que dejemos de hacer lo que estamos haciendo. Incluso cuando obedecemos nos amenazan.

«Si arrancas una señal de tráfico podrás ser arrestado o atenerte a otras medidas pertinentes».

«Si estás en el parking de *Quik Trip* podrás ser arrestado o atenerte a otras medidas pertinentes».

«Si llevas una señal de tráfico que has quitado ilegalmente podrás ser arrestado o atenerte a otras medidas pertinentes».

«Si continuas aquí podrás ser arrestado o atenerte a otras medidas pertinentes...»

La mujer vuelve a la calle con su señal de tráfico. Uno a uno, la gente arrastra los conos de tráfico para, simbólicamente, cortar la calle. Unas

cuantas tapas de contenedores se colocan entre estos creando así un pequeño refugio ante las pelotas de goma. Poco a poco la calle se llena de gente. Diez, quince, veinte botes de gas lacrimógeno vuelan sobre nuestras cabezas. Han traído incluso granadas cegadoras y bombas de humo. Esta vez, todo el mundo las devuelve. Las piedras vuelan, aún no es suficiente, pero al menos la gente está aprendiendo a trabajar junta, lanzar piedras en oleadas.

Un coche blindado se acerca y corremos de vuelta a Canfield, a la seguridad de un barrio que la policía todavía no ha invadido. Se oyen disparos. «Si vas a disparar ¡apunta bien!» Hoy el gas lacrimógeno es denso y necesitamos un minuto para lavarnos la cara bajo el grifo de una casa que se encuentra en las aproximaciones.

Unos chavalillos que están a nuestro lado encienden un cóctel molotov y de los nervios o la emoción se les cae en medio de la calle. «Para lanzar eso primero hay que coger carrerilla». Todos se ríen, burlándose de la juventud y su falta de experiencia en un tema en el que aún somos todos novatos.

«¡Ahí va uno de verdad!» Alguien coge carrerilla frente a una ventana, rompe el cristal y lanza el cóctel molotov. La pequeña multitud vitorea según salen las primeras llamas. Alguien más coge carrerilla con una botella rellena de gasolina y la tira intensificando el fuego.

Otro vehículo blindado aparece rápidamente y nos retiramos. Hemos decidido que por lo menos, esta noche, hemos hecho bastante.

De vuelta a casa, estamos atolondrados con el hecho de que esta rebelión lleva 10 días y noches pegando fuerte. A pesar del avasallador despliegue militar, a pesar de los apaciguadores⁵ y las correas más largas que ofrecen, de los polis buenos y sus jaulas más grandes; los rebeldes en las calles se niegan a retroceder.

⁵ [ndT] “Recuperators” en el original.

OBSERVACIÓN

No es cuestión de haber estado ahí donde otros no han estado. No se trata de que unas generaciones tengan mejores creencias que otra. Se trata de entablar una conversación con los Comuneros de París y los campesinos aragoneses, con Flores Magón y Rosa Luxemburg...

—Paco Ignacio Taibo II, ‘68

Aprende, actúa, crea, transmite...

Cualquier intento de explicar la rebelión de Ferguson de manera exhaustiva y completa sin duda está abocado al fracaso. Por lo tanto, lo que ofrecemos aquí no se debería entender como un intento de explicar o resumir rigurosamente lo que pasó o por qué pasó de tal manera. Como las miles de personas que formaron parte de esta rebelión, cada uno de nosotros tenemos nuestros propios pensamientos, emociones y puntos de vista. Lo que viene a continuación es el resultado de incitarnos a cada uno de nosotras mismas a explicar con palabras nuestras experiencias como individuos y como colectivo, llevar la conversación mucho más allá de nosotros, establecer una comunicación. Si en ese proceso al menos logramos crear otro mito, una historia que sólo nos contamos a nosotras

mismas, entonces podremos confirmar otra vez que somos simplemente humanos.

St. Louis es una vieja ciudad con muchos nombres. Una vieja ciudad con capas de historia que pueden ser peladas como si fuera una cebolla. Las casas sobre las que vivimos ahora fueron construidas sobre *Mound City* [La ciudad del montículo], una ciudad de una cultura nativa del Mississippi que existió cientos de años antes de que los europeos pisaran tierra americana. Las calles por las que conducimos recibieron su nombre de los comerciantes de piel franceses y los barrios en los que vivimos han sido construidos, derruidos y reconstruidos durante siglos de actividad humana. A principios del siglo XIX, St. Louis era el punto de salida para aquellos que viajaban al Oeste, a Oregon y California. La *Gateway City* [La ciudad de partida] es un destino singular que tiene su lugar en la historia de la colonización de América. Durante la década de 1840, los inmigrantes alemanes trajeron sus cervecerías, su radicalismo obrero y su mano de obra barata que pavimentó las aceras y construyó los edificios de *Brick City* [La ciudad del ladrillo]. Como el segundo mayor puerto de los Estados Unidos en 1850, St. Louis competía con Chicago por el predominio del ferrocarril en el medio oeste. Tras prevalecer el tren sobre el barco de vapor y la victoria de la economía industrial frente a las plantaciones rurales, St. Louis se vio inundado por esclavos liberados del sur.

Durante el periodo de post guerra tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos sufrieron una transformación dramática. Es decir, la idea de Estados Unidos que todo el mundo cree conocer se creó durante esta etapa y fue exportada al resto del mundo durante los siguientes cincuenta años: McDonald's, centros comerciales, autopistas... y suburbios. Esa idea de Estados Unidos siempre ha sido una imagen superflua, una verdad incompleta, un espejismo fruto de las campañas publicitarias. Inmediatamente después de esta superficie encontramos algo mucho más siniestro y feo: el legado de la esclavitud y la construcción de un imperio.

Sin embargo, hay también otra historia, una narración alternativa mucho más humana y bonita que está presente en todo: el legado de la resistencia.

El crecimiento de los suburbios al norte de St. Louis fue impulsado por la compra de casas nuevas mediante préstamos del ejército⁶ y por las cercanas instalaciones industriales: la *Ford* en Union y *Natural Bridge* y *Emerson Electric* en Ferguson. Los primeros centros comerciales de los suburbios fueron construidos en Jennings con tal de vender el sueño de la felicidad comercializada para las amas de casa de los años 50. Sobre la década de los setenta, un mosaico de calles sin salida y casas prefabricadas sustituyó a las granjas que una vez se asentaron allí. Todo esto, la próspera post guerra, los jardines arreglados, el empleo seguro; era muy de blancos. En 1970, el 90% de la población de North County era blanca, Ferguson mismo contaba con un 85% de población blanca. Los nuevos residentes de North County, en su mayoría blancos, había dejado la ciudad porque era vieja y agobiante, porque había buenos empleos en las nuevas fábricas, porque sus hijos necesitaban una casa más grande, pero también, porque la ciudad estaba, cada vez más, poblada por negros. En 1970, en otro movimiento migratorio, los blancos dejaron la ciudad en tropel. Fueron hasta North y West por comodidad, por seguridad, porque tenían miedo, porque eran, y probablemente aún son, racistas.

Limitada por el sur por la autopista 70, por el oeste por la autopista de circunvalación, en el paso de los aviones que aterrizan y despegan del aeropuerto internacional de Lambert y al oeste de Ferguson, se halla el municipio de Kinloch, la comunidad predominantemente negra más antigua de Missouri. A pesar de prácticas que hicieran casi imposible que los negros adquiriesen una propiedad directamente de un agente inmobiliario, los residentes de Kinloch podían comprar casas a través de un proceso explotador en el cual la propiedad era vendida a intermediarios

6 [ndT] Los GI loans, préstamos destinados a los soldados de la Infantería General, animaron a la participación bélica de la población y tras la guerra sirvieron para la entrada de los soldados (principalmente hombres blancos, debido a los obstáculos ante los que se encontraban las mujeres y las personas negras o nativas que participaron en la guerra) en la clase media, a través de préstamos que financiaban la matrícula universitaria o la adquisición de casas.

blancos que a su vez las vendían a los negros por el doble del precio original. En 1938, reticentes a compartir el comité escolar local con negros, los blancos de Kinloch fundaron su propio municipio a las afueras de la mitad norte de Kinloch: Berkeley. Por aquella época, Ferguson y Berkeley estaban consideradas como *Sundown towns*, lugares donde los negros no podían ir a vivir y que tenían que abandonar antes del ocaso.

Durante los 80 y los 90 vimos otra oleada de migración regional: los blancos dejaban los suburbios del norte por barrios y comunidades aún más alejadas. Así pues, North County, la cual una vez era predominantemente blanca, pasó a tener una población negra del 70% al llegar al año 2000. Y mientras que los suburbios se han convertido paulatinamente en los focos de pobreza de EEUU, la gente que se ha mudado a North County en los últimos treinta años ha sido, en su mayor parte, propietarios con educación universitaria que buscan salir de los empobrecidos y racialmente segregados distritos del centro de la ciudad. Durante este periodo, la población de la ciudad de St. Louis descendió un tercio mientras que la población en el condado de St. Louis casi que se triplicó. El foco de la población de la área metropolitana de St. Louis ya se encuentra a unos 20 millas alejados del centro urbano y es el principal destino de la más reciente oleada de emigración: St. Charles County, actualmente el municipio más acomodado de Missouri. Allá donde van los blancos va el dinero.

En la década de los 50, la avenida West Florissant era la vía principal que se construyó en los suburbios del norte, ya que hay tramos de viviendas en ambos lados de la zona comercial. En los años 70, W. Florissant era la línea que separaba los suburbios de la zona central de la que los blancos huyeron. Debido al consecuente declive económico, el tramo de calle que atraviesa Ferguson se ha convertido en tiendas de venta de alcohol bajo el disfraz de ultramarinos, salones de belleza llenos de extensiones, un *McDonalds* y un *Quik Trip*.

Los hechos que acontecieron en Ferguson y por toda la zona metropolitana de St. Louis a finales de verano y el otoño de 2014 pueden ser

entendidos parcialmente como la última demostración de un ciclo global de luchas que tienen su origen en la crisis financiera del 2008 y los efectos consecuente que esta tuvo en la economía mundial. En el caso de la rebelión de Ferguson, la mayor parte de la ira y el resentimiento que derivaron en disturbios y guerrilla urbana, fueron originados por el racismo institucionalizado y la pobreza racial causada por dicho racismo. Abordando la rebelión en un contexto global, relacionándola con la lucha de clases y la economía, no queremos ni mucho menos ignorar los motivos raciales en la respuesta a la pregunta de: *¿Por qué?* Más bien, intentamos entender las razones a las cuestiones de: *¿Por qué aquí?* *¿Por qué ahora?*

Lo que comenzó como el estallido de la burbuja inmobiliaria en 2008 se ha ido hábilmente transformando en una reestructuración de la jerarquía socioeconómica en el 2009. Enfrentándose a la amenaza de perder grandes sumas de dinero, aquellos que se hallan en lo más alto de la pirámide decidieron que la única manera de mantener sus privilegios y su reputación era pasar la factura a aquellos que estaban por debajo a través de las hipotecas y la austeridad. El sueño americano de clase media de poseer una casa y una educación universitaria se transformó, para mucha gente, en una pesadilla de pobreza y deudas. En vez de perdonar estas deudas y dar un paso adelante para asegurar que todo el mundo tiene una casa donde vivir y comida suficiente para comer, los políticos de todo el globo hicieron responsables de esta gran crisis al pueblo. El coste estimado del rescate financiero al gobierno de los EEUU oscila el billón de dólares. De hecho, nadie sabe la cifra exacta. Si eres asquerosamente rico y te metes en un lío, el estado te hará pagar fianza, si eres pobre terminarás en la calle.

El epicentro local de la crisis de préstamos que alcanzó su pico en 2009 no fue otro que North County.

Entre el año 2000 y el año 2006, los costes ligados a la propiedad inmobiliaria ascendieron en un 30% en North County debido a los préstamos con unos intereses elevadísimos. Durante el mismo periodo de tiempo, el número de préstamos hipotecarios de alto riesgo se duplicaron. En el 2004, un respectivo aumento dramático en el número de casas vendidas y los

precios dieron forma una burbuja inmobiliaria que auguraba la inminente crisis financiera. Cuando las familias con ingresos medios no fueron capaces de pagar los abusivos intereses de su hipoteca, estalló la burbuja inmobiliaria y los embargos estaban a la orden del día.

Entre el 2004 y el 2008, hubo una totalidad de 3.000 embargos en North County con una media anual que se estabilizó en unos 800 en el 2009.

Por supuesto, los ricachones también tuvieron que deshacerse de pesos muertos (*Lehman Brothers*, *Merrill Lynch*) y alguna vez que otra pagar por sus fechorías (JP Morgan y la *London Whale*). Aunque ni con todo el oro del mundo podrían pagar los innumerables desahucios, las tripas famélicas y las vidas robadas por tan temeraria codicia. En pocas palabras, desde 2008, los ricachones han solidificado su posición sacrificando a todos los que han pillado por medio. Ahora, en el 2014, las cabezas pensantes discuten sobre la diferencia de ingresos y la disparidad de riquezas, como si fueran fuerzas de la naturaleza. Hay algunos que se van tanto que comienzan a temer por su seguridad y la santidad de su posición social.

Mientras que los informes federales del gobierno hablan de aumento del trabajo, una economía de expansión gradual, una recuperación paulatina desde la Gran Recesión, la realidad del día a día para muchos de nosotros no es tan de color de rosa. Es más, para mucha gente, la crisis del 2008 apenas ha cambiado. Los pobres eran pobres antes y continúan siéndolo. Lo que pasa es que hoy en día hay más gente pobre que experimenta una realidad más dura que contrasta con altos picos de riqueza nunca vistos.

¿Qué quiere decir esto en el día a día? En los últimos seis años, miles de personas han perdido su casa y su empleo. Consecuentemente, hay más gente viviendo en la calle, sumergiéndose en la criminalidad para sobrevivir, buscar una vía de escape a través de la droga y el alcohol, enfrentándose a policías estresados y mal pagados, siendo llevado a juicio, siendo encarcelado. El FBI estima que en el año 2012, alrededor de 400 personas fueron asesinadas por agentes del orden. ¿Es de extrañar que en los últimos seis años hayamos visto a gente sin-techo formando comunidades ilegales de ocupas, movimientos de resistencia individual y colectiva frente

a embargos y desahucios, huelgas de hambre, huelga del sector de limpieza en prisiones hasta los topes de gente, una conciencizada y generalizada ocupación ciudadana como movimiento de protesta (*#Occupy*), y una oleada de rebeliones anti-policía que han surgido en ciudades de este oeste? La rebelión de Ferguson es la muestra más reciente en este lustro de lucha. Es también uno de los ejemplos más masivos, poderosos y llenos de emoción de una revuelta, al menos, en esta parte del mundo, es significativo, si bien, aquello que se denomine como significativo será únicamente determinado por la evolución de los sucesos que están por venir.

Situar la rebelión de Ferguson en el contexto de la crisis financiera de 2008 y dejarlo ahí sería demasiado conformista. Uno no puede ignorar la relación entre raza y clase en los EEUU, una relación que se remonta incluso antes de la formación de los EEUU o de un sistema social llamado capitalismo.

Los privilegios de los blancos fueron en su tiempo una estrategia usada a consciencia por colonos latifundistas con tal de burlar una revuelta entre razas que pudieran amenazar sus riquezas y poder así como para justificar las emergentes aspiraciones de corte imperialista y genocida.

Si revisamos las Guerras Pequot de 1636 y la Guerra del Rey Felipe en 1676, veremos cómo los puritanos de Massachusetts intentaron justificar sus guerras de exterminación utilizando como pretexto a la Biblia: el Bien contra el Mal, la Luz contra la Oscuridad; proyectando así esta imagen sobre el enemigo de piel oscura en sus «misiones en tierra salvaje». En Virginia, después de que esclavos negros y sirvientes blancos obligados a trabajar se alzaran juntos en la Rebelión de Bacon (1676), los latifundistas blancos cimentaron una ideología racial y una serie de prácticas que favorecía a los blancos pobres a expensas de los negros. Las consecuencias de esta maniobra represiva y el hecho de que la gran mayoría de pobres y obreros blancos hayan mordido el anzuelo una y otra vez durante siglos nos ha llevado a la situación en la que nos encontramos actualmente casi trescientos años después, una situación en la que raza, clase e imperio van de la mano.

La pobreza racial está tan ligada a nuestra sociedad que nadie puede hablar de pobreza en los EEUU sin pasar por alto el problema de la raza. Si bien es cierto que todavía hay pobres blancos, cuya explotación y miseria se dan en muchos niveles de nuestra sociedad (incluso en la llamada clase media) y que una minúscula minoría de negros y latinos hayan escapado de la pobreza subiéndose a las espaldas de sus semejantes, el problema de la raza es todavía un factor determinante en gran parte de los estadounidenses a la hora de vivir.

¿Quiere esto decir que la rebelión de Ferguson respondía única y puramente a motivos raciales? ¿Que la raza es la única fuerza social que entra en juego? No, pero eso no quiere decir que «No se trata del problema racial», lo que es muy diferente que decir «No se trata de negros *contra* blancos». Hubo y aún hay espacio para aquellos blancos que experimentan la pobreza, los desahucios, agresiones y brutalidad policial (o que al menos sienta empatía con estas experiencias) que se quieran unir a los negros que también han vivido esas experiencias, aunque a menudo en otro contexto. Y mientras que la rebelión es una decisión que uno toma —resistir o ser pasivo— el grado con que esto se siente como una elección o una necesidad puede ser diferente para los que tenemos la piel blanca o para los que tenemos la piel negra.

Si el «ser blanco» se traduce en una categoría social colaboradora que se nos asigna a algunos de nosotros con tal de separar nuestros intereses de aquellos no-blancos, de todos aquellos denominados como *otros*, entonces, el «ser blanco» no es únicamente una definición estática de lo que somos, es una actitud formada por nuestras acciones y las decisiones que tomamos. En otras palabras, es posible tener la piel pálida o ser de ascendencia europea e identificarse con otras personas oprimidas y explotadas en vez de identificarte con otros blancos. Mientras que esta actitud no elimina las verdaderas diferencias en cómo somos distinguidos o tratados por la estructura de poder, será necesario un primer paso para superar la división racial.

Si la traición al «ser blanco» se convierte en una ética positiva en EEUU, todavía tendremos que resolver el complicado problema de cómo tratarse entre iguales. Generalmente hablando, la gente se socializa a través de la escuela y la familia con tal de cumplir un rol en la sociedad. Esta socialización dirige a algunos hacia la confianza en sí mismo, proporcionar la oportunidad de acceder al lenguaje usado en las altas esferas mientras que otros están preparados para la servidumbre y la superfluidad, les dan una imagen personal distinta y un lenguaje no menos diferente.

Algunos de los dilemas que rodean el discurso sobre los privilegios raciales se basan en la suposición de que aquellos que no tienen privilegios deberían ser introducidos en el mundo de los privilegiados: universidades, política, jerarquías corporativas, comunidades de puerta cerrada, etc. Si el problema es que la gente de color necesita un mayor acceso a estas instituciones sociales, entonces, es obvio, que habrá desigualdades a nivel de conocimiento y experiencias que necesitarían nivelarse con tal de hacer esto posible. Pero semejante reestructuración sólo podría fragmentarse y no solucionaría nada en lo que respecta a la erradicación de los problemas subyacentes de los privilegios y la exclusión, sólo daría a estos problemas otro color apenas diferente. Si el problema no es cómo entrar en las instituciones que sostienen esas desigualdades de riquezas y poder sino cómo abolirlas juntos, entonces salir a la calle como cómplices en un acto de rebeldía es un paso importante hacia la igualdad.

Si el idioma que hablamos no se compone de tratados académicos o discursos elocuentes sino de ladrillos, cócteles molotov, botiquines de primeros auxilios y de devolver los botes de gas lacrimógeno; es mucho más fácil hablar en igualdad de condiciones.

Sin embargo, claramente, los disturbios y la guerrilla urbana contra la poli no es suficiente. También necesitamos algo más, otros modos de comunicarnos y actuar como si de verdad fuéramos a cambiar el mundo en el que vivimos. Y tal vez, la única manera de descubrirlo es continuar buscando, moviéndonos, comunicándonos.



La referencia más inmediata e influyente en lo que se sucede en la rebelión de Ferguson es el caso de Trayvon Martin y la consecuente oleada de protestas a nivel local y nacional. Algunas de las personas que participaron en la manifestación, o los «mini-disturbios» en el centro de St. Louis el día 14 de julio de 2013, también estaban presentes en las calles de Ferguson un año después. Algunos llevaban camisetas en memoria de Trayvon mientras que otros protestaban por el asesinato de Mike Brown.

Mientras que es prácticamente imposible entender cómo se procesan los diferentes momentos de rebelión y resistencia en el imaginario colectivo, cómo incitar a la gente a rebelarse y cómo influye su entendimiento de sus propias actividades; existe un exceso de evidencias que muestran los efectos de conflagraciones históricas y contemporáneas en el día de hoy. Desde pancartas caseras en referencia al *Black Fall* a alusiones a pleno pulmón sobre los disturbios de Rodney King en 1992, desde los NWA a Lil Boosie⁷, desde las revueltas en Oakland por la muerte de Oscar Grant en el 2009 hasta el movimiento *#Occupy* y la obsesión con los provocadores, del movimiento por los derechos humanos al Poder Negro y el periodo de revueltas durante la década de los 60 y los 70.

Ciertamente, la encarcelación masiva, el fichaje racial y los tiroteos protagonizados por la policía han estado presentes en la mente tanto de rebeldes incontrolables como de manifestantes más diplomáticos. No sólo esto, sino también un remolino de experiencias, historias, representaciones e imágenes que la gente capta, adoptando aquellas que resonaban y abandonando aquellas que no lo hacían. De ahí que la generación más joven de manifestantes lleve camisetas como máscaras, griten sobre su determinación de «acabar con el racismo institucionalizado» mientras guían a otros manifestantes a hacer una «sentada» simbólica o pasar a la «acción directa». Amotinarsen, enfrentarse a una ocupación militarizada de la policía, el protestar y la desobediencia civil ha mostrado muchas

7 [ndT] Hiphoperos con letras anti-policiales.

veces a todos impulsos contradictorios y conflictivos. Mucha gente con muchas ideas y pensamientos diferentes pueden afirmar que es imposible hablar de una masa unificada. A veces, esta dinámica se puede ver a nivel personal como individuos que vamos de un sitio para otro según se desarrollen los hechos, como si el suelo que hubiera debajo de nosotros estuviera siempre en movimiento.

Esta inestabilidad es tal vez más visible entre los manifestantes más jóvenes que aún no han asentado sus puntos de vista dentro de un rígido dogma político.

Entre la multitud de alborotadores —aquellos que se vieron envueltos en saqueos, destrucción de la propiedad, guerrilla callejera y resistencia a la autoridad— hay como un sentimiento de unidad: Si la policía nos mata, respondemos con disturbios.

Mientras que las divagaciones por las cuales hemos llegado a esta conclusión pueden variar, el hecho de que miles de personas llegasen a esta conclusión al mismo tiempo y en el mismo lugar es lo que dio origen a la Rebelión de Ferguson. En palabras del comandante de la Policía Estatal, Ron Johnson: «La gente pensó que había una revolución y querían formar parte de ella». Donde los periodistas, políticos y ciudadanos responsables sólo ven violencia sin sentido y puro oportunismo, nosotras vemos el deseo y la voluntad de contraatacar este sistema opresivo de racismo institucionalizado de cualquier manera posible.

Que esta lucha también incluya momentos de felicidad y de euforia no es de extrañar a pesar de las trágicas causas que la originaron. La escasez artificial del mercado la cual siempre deja a uno queriendo más se derrumba frente al saqueo y la libre distribución. La impotencia y la humillación del abuso policial dan un giro de 180° cuando, a través de actos de resistencia a la autoridad, las alborotadoras muestran su poder colectivo. Esta vuelta a la sartén de la relación de poderes normalizados convierte el dolor y las lágrimas en sonrisas y carcajadas. Por lo menos, en este sentido, es una manera muy potente de llorar a nuestros muertos.

« Editorial Josep Gardenyes »

josepgardenyes.wordpress.com

TÍTULOS PUBLICADOS:

- 23 Tesis en Torno a la Revuelta
- Guerra Social, Tensión Antisocial
- Salud en Peligro, Cuerpos en Lucha
- Luchas Contra la Policía en el Noroeste Pacífico (EEUU)
- La Niña de la Bruja
- Liberación Animal Sin Veganismo
- Per Canviar-ho Tot: cap a una independència que mereixi tal nom
- El Dragón y la Hidra: un estudio histórico de los medios de organización

TÍTULOS POR VENIR:

- Brujería y Contracultura Gay
- Con Tierra, Sin Estado: escritos de un proyecto solidario con la lucha mapuche
- La Rosa de Foc ha tornat: intervenciones anarquistas en las luchas actuales en Barcelona

Editorial Josep Gardenyes
Traducido y editado enero 2015